

Que sí, la hizo ella y no le salió del todo mal, aunque una carpeta tan sencilla la habría podido hacer hasta el mismísimo Ovidio; pero su verdadera especialidad era enojarse - "como una verdadera madre o acordaros" decía la señorita Emérita (y nos solíamos acordar, por no enfadarla) lo bien que, según ella, nos lo contó Begoñita (la Parrado) si bien (que eso también lo reconocía la señorita Emérita) su actuación resultaba un poquito carente de realismo porque, a diferencia de Susanita o Socorrín, no le hacían daño los zapatos (que era cierto, como tenía aquellos pies tan pequeñitos) y eso, se quisiera o no, restaba a la escena un punto de dramatismo - con los tios Astolfo o Emiliano "pero de esos olvidémonos de momento", cerrando la señorita su propia carpeta y echando una ojeada al reloj de sobre el encerado, porque en el caso concreto que nos ocupaba era exactamente con Gonzalo.



Porque esta característica era tan común a todas que incluso ella, Emérita, a pesar de lo rara y... Basilia decía “escocía” que era ([ver en página 20](#)), la compartía sin una mala cara ni protestar con sus compañeras habituada como estaba, desde pequeña, a que no todo lo que en rigor le hubiese debido corresponder en exclusiva fuera, en realidad, suyo y sólo suyo; que se avino de buen grado a que su prima — que tanto había cacareado “pues a mí no me gusta” — fuera quién bautizase a su gusto al perrito y lo educase tan mal, que lo llevaba con ella a todas partes y hasta a su habitación, por la noche, dejando incluso que se subiera a la cama y, todo, porque ella misma, la prima, estaba también muy mal acostumbrada por causa del abuelo Crisóstomoⁱ como era su ojito derecho y la tenía tan consentida.

ⁱ Que sí, era un trozo de pan, y por eso precisamente todo el mundo lo quería y respetaba y ninguno de la familia “le tosía” (también de Basilia)